

La rosa naranja.

Cada rosa esconde una verdad

Alejandro Khan

Sonolibro Editorial

La Rosa Naranja

© Texto: Alejandro Khan 2026

© Sonolibro Editorial 2026 por la presente edición

© Sonolibro Editorial por el audiolibro

Reservados todos los derechos.

Sonolibro en el deseo de mejorar sus publicaciones agradecerá cualquier sugerencia de los lectores u oyentes de esta obra, al departamento editorial. Correo: aki@sonolibro.com

Sonolibro Editorial – Calle Churruca Ed Astigi I–Local1

Fuengirola, Málaga – ESPAÑA

ÍNDICE

1. Ecos de Guerra	1
2. Fuego en Alepo	10
3. Sombras en la Huida	17
4. Señales de vida	25
5. Futuro	32
6. La mecha	38
7. La Tormenta Silenciosa	49



ECOS DE GUERRA

Aleppo, Siria, 2025

Periferia oeste. Un día cualquiera de una guerra que no se acaba nunca.

La ciudad ya no tenía bordes porque el polvo se fundía con el cielo, y el cielo con los recuerdos, como si en un lienzo gris, lo que era ciudad y ya no lo era, no se pudiera distinguir. Samira caminaba con paso firme, pero atenta sobre el asfalto cuarteado, esquivando charcos turbios y bloques partidos, como si supiera adónde iba, aunque solo se dejaba arrastrar por la expectación del reportaje. El hiyab dejaba

ver una mujer de poco más de treinta años que perfectamente podría ser siria, con esa belleza árabe de ojos amielados y piel dorada.

Llevaba la cámara cruzada al pecho bien sujeta. El sol, ya no golpeaba con furia, sino con una luz de metal oscuro, con esa claridad sucia que se cuela entre las ruinas sin pedir permiso. El aire seguía cargado de humo viejo, voces apagadas por el polvo y la resignación.

El todoterreno rojo estaba delante, pero completamente cubierto de polvo parecía gris. Era el coche que le dijeron que iba a estar esperándola. El tipo delgado, de estatura media y barba corta, con manos como raíces de árbol viejo, con cicatrices curtidas por el sol, apoyado en la puerta, le recordó un poco a su marido Héctor. Llevaba una camisa beige remangada y unas gafas oscuras. Al verla, extendió la mano y le saludó.

—Soy Samira, de España. Reportajes de ONG. —dijo ella en un árabe pausado, ensayado durante el vuelo.

—Farid, de Alepo. Gestión logística, contactos y seguridad, en la calle.

El coche, al que parecía que se le iban a caer algunos tornillos desde el momento que ar-

rancó, se abrió paso entre los cascotes de ruinas que se repetían cada pocos metros.

Farid señaló con el dedo, sin dejar de mirar al frente.

—Ahí cayó un misil en marzo. 12 muertos. Uno de ellos era el panadero, el único del barrio. Ahora tenemos que comprar pan al otro lado del río, casi diez kilómetros andando.

El campamento de Al-Mustabal era una amalgama de lonas, bidones y estructuras que parecía que se iban a caer de un momento a otro. La clínica móvil —una carpa blanca con el logotipo de la ONG en azul celeste— estaba instalada junto a un muro inclinado que no parecía nada seguro. Unas veinte personas esperaban fuera: madres cubiertas hasta la frente, niñas de ojos enormes y sandalias con suelas despegadas y algún abuelo resignado. Había un zumbido constante, mezcla de conversaciones, ladridos lejanos y motores viejos, que flotaba como una mosca que no se deja espantar.

Farid aparcó junto a un muro y apagó el motor.

—Te espero aquí. No más de dos horas. Luego, no es seguro.

—Entendido.

Samira no sacó la cámara de inmediato. Se limitó a observar. Tomó nota mental del médico sirio que coordinaba, de la enfermera canadiense que hablaba en un inglés pausado y amable, del hombre alto, blanco, con gafas deportivas y barba de tres días, que no hacía nada pero lo miraba todo.

Las niñas esperaban en fila. Las madres hablaban poco. Una niña de unos siete años, con el velo mal colocado y las rodillas llenas de polvo, miraba a Samira sin pestañear. En el pañuelo llevaba prendida una flor de tela naranja, vibrante como una llama. Al cabo de unos minutos, se acercó a la periodista y le ofreció otra rosa naranja, pero esta viva, con los bordes ya algo secos.

Samira se agachó, sonrió y la aceptó como si fuera un secreto. Mojó un pequeño pañuelo y la envolvió, para que mantuviera la humedad. No dijo nada, pero el gesto quedó suspendido en su memoria. Guardó la flor en uno de los bolsillos del chaleco, con el mismo cuidado con el que una vez había guardado una nota de amor. Se convirtió para ella en su talismán contra la violencia.

—¿Prensa? —le preguntó el médico, sin dejar de mirar el termómetro que sacaba de una axila infantil.

Ella alzó la acreditación plastificada que colgaba del cuello.

—Reportaje sobre profilaxis en zonas de guerra. Interés humano, básicamente.

El hombre asintió, cortante, y le indicó con un gesto dónde podía grabar y dónde no. Samira sabía leer bien los límites, incluso los no dichos. No insistió cuando le negaron el acceso a la pequeña tienda de almacenaje al fondo, donde un generador zumbaba como si rumiara algo.

Se acercó a las niñas que salían tras recibir la vacuna. Les regalaban un chicle envuelto en colores chillones. Algunas lo tomaban con timidez, otras con el ansia de quien no ve dulces a menudo.

La jornada transcurrió entre inyecciones, colas rotas y alguna protesta cuando se terminaban las dosis. Samira hizo fotos, grabó trozos de diálogo, pero no encontró todavía el ángulo del reportaje. Nada parecía diferente a las muchas otras campañas de vacunación en conflicto que ya había cubierto.

En una pausa, ya a última hora, un cooperante occidental —alto, mirada alerta bajo una gorra con el logo de la ONG— pareció seguirla con los ojos más tiempo de lo necesario. Samira lo notó, pero fingió no hacerlo. Dio un rodeo, se acercó al lateral de la carpa principal y allí vio parte del área logística: cajas apiladas, viales numerados, un portátil encendido sobre una mesa.



Una ráfaga de estampidos, primero lejanos y luego acercándose, puso a todo el mundo en movimiento, sembrando el caos.

Varios niños corrieron en distintas direcciones. No fue una explosión, no todavía, pero el ambiente se crispó como antes de una tormenta. La clínica se vació en segundos. Los cooperantes discutían acaloradamente sobre algo del almacén, y uno de ellos, nervioso, tiró una caja al suelo sin querer. De ella se deslizó un pequeño disco duro negro, sin marca visible. Nadie parecía haberlo notado, porque se fueron todos corriendo.

Ella sí.

Se agachó con naturalidad, lo recogió y se alejó sin prisa. Nadie la detuvo.



Cuando volvió a su pensión, la flor seguía en su bolsillo. La posó sobre la mesa de noche, al lado del vaso de agua caliente que el recepcionista le había dejado, junto a una bolsita de té. La rosa naranja parecía haberse reanimado con la humedad del pañuelo. Samira se quedó un instante mirándola, sin saber muy bien por qué.

La señal de internet no era buena, pero suficiente para una videollamada rápida. Marcó el número de Héctor. Tardó en conectar. Al otro lado, la imagen temblorosa de un salón sencillo en su casa en Mijas, en la antigua Malaca, se estabilizó: él aparecía con una camiseta arrugada, sujetando el móvil con una mano mientras, con la otra, ayudaba a su padre a acomodarse en el sillón.

—¡Mira quién se digna! —dijo él, sonriendo, aunque las ojeras le delataban.

—¿Cómo están mis hombres favoritos?
—bromeó ella, sentándose en el suelo, la espalda contra la pared.

Héctor la enfocó un segundo más de la cuenta y con sus bonitos ojos marrones, que tenían ese tinte de tristeza, no hizo falta que se lo dijera. Ella le entendió.

—Yo también te echo de menos, cariño. Pero prometí al periódico que haría el reportaje.

—Vale, pero recuerda que tienes que volver entera. —dijo Héctor, serio—. Por cierto, ¿te acuerdas del rosal naranja que plantamos?

Samira alzó las cejas, sorprendida.

—Claro que sí.

—Pues ya te espera en flor. No tardes mucho, que las rosas son nuevas y tímidas.

Ella no respondió de inmediato. Sacó del bolsillo la rosa marchita que la niña le había dado, la sostuvo frente a la cámara.

—No será tan bonita como la tuya, pero esta me hace compañía y me recuerda a ti.

Rieron. La llamada se cortó por un segundo, luego volvió.

—Cuídate —dijo él, ya en tono bajo, con el padre dormido a su lado.

—Tú también. Dale un beso a tu viejo por mí.

Colgó. La habitación volvió al silencio. Afuera, Alepo seguía respirando a trompicones.

Entonces, se acordó del disco duro negro.



FUEGO en ALEPO

La habitación de la pensión olía a yeso húmedo y a té viejo. Samira había apagado la luz hacía rato, pero no conciliaba el sueño. Afuera, Alepo respiraba con ese ritmo irregular de ciudad herida oliendo a desesperación: un silencio espeso que de tanto en tanto rompía algún motor lejano o un golpe de origen desconocido.

Sobre la mesita de noche, el disco duro negro parecía un objeto cualquiera. Sin etiquetas. Sin marcas. Samira lo cogía, lo giraba entre los dedos, lo sopesaba como si con ello pudiera adiv-

inar su contenido. Estuvo a punto de conectarlo al portátil una vez, pero no se decidió. Todavía no.

Con los hombros rígidos, se mordía el labio, mientras tamborileaba con los dedos sobre su estómago.

Levantó la vista hacia el techo. El ventilador apenas se movía, como si también dudara si era hora de dormir. En su cabeza se mezclaban las imágenes de la clínica móvil, la niña de la rosa, el rostro del cooperante que la había mirado demasiado.

De repente, escuchó golpes suaves en la puerta. Tres.

—¿Farid? ¿Eres tú? —susurró, acercándose.

—Sí, abre, pero sin ruidos.

Quitó el pestillo. Farid entró con expresión sombría y la camisa manchada de sudor. Miró por encima del hombro antes de cerrar. La escasa luz acentuaba sus ojeras.

—¿Qué ha pasado?

—Un tiroteo cerca del mercado de Bab al Nairab. Un muerto. Pero no ha sido un ataque cualquiera. Iban buscando a alguien. Y no solo eso..., han preguntado por ti. O por alguien que encaja contigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi primo trabaja en una farmacia cerca del puesto de control. Oyó a dos hombres describirte a la policía local. «Mujer joven. Extranjera. Con cámara. Acento magrebí». Eso no es aleatorio. Alguien te señaló.

Samira sintió cómo se le secaba la boca. Luego se inclinó y agarró el disco duro negro y se lo enseñó a Farid.

—Lo recogí del suelo en medio del caos, cuando evacuaban la clínica. Se cayó de una caja. Y todos habían salido corriendo. Esperé a ver si venía alguien, pero nadie apareció, así que me lo traje.

Farid lo miró sin tocarlo.

—¿Has visto qué contiene?

—No. No me apetecía hacerlo sola.

Farid no respondió de inmediato. Se pasó una mano por la barba, meditando.

—Tenemos que irnos. Ahora. Te voy a llevar a un sitio donde esconderte de momento, hasta que aclaremos la situación. Es discreto y seguro, al menos por unas horas. Allí podemos examinar el disco duro con calma. Aquí ya no puedes quedarte.

Samira metió el disco en la mochila, junto con el portátil, y se puso el chaleco de prensa. Recogió lo esencial. La rosa naranja quedó

olvidada un segundo en el vaso, pero en el último momento volvió por ella y la metió con el pañuelo húmedo en uno de los muchos bolsillos del pantalón.

En el todoterreno, Farid conducía con los faros apagados por tramos enteros. Sabía qué calles evitar, qué curvas tomar sin frenar. Samira lo miraba de reojo, y no podía evitar contener la respiración mientras agarraba con fuerza el asidero de su lado. Bajo las luces temblorosas, el gesto duro del rostro de Farid parecía estar en absoluta tensión.

—No preguntan así por una periodista cualquiera —dijo él—. Y menos en mitad de un tiroteo.

—¿Crees que lo que contiene ese disco puede ser importante?

—Si no lo fuera, no estarías huyendo conmigo en plena noche.

La casa de refugio estaba en el barrio de Bustan al-Basha, medio en pie, medio en ruinas. Una mujer sin nombre los recibió con un gesto de cabeza. No habló. Solo les indicó una habitación con una colchoneta, un ventilador portátil y una lámpara de gas. Olía a romero.

Allí, con las puertas cerradas y las luces bajas, Farid preparó una infusión en un termo de aluminio.

—Ahora sí —dijo, encendiendo el portátil.

Conectaron el disco duro. El sistema tardó unos segundos en reconocerlo. Aparecieron carpetas sin nombres obvios: TX_3M4, PHR_S1, Formul_121. Algunas estaban protegidas por contraseña. Otras no. Estaba claro que los datos iban a empezar a pesar más que el disco duro.

Samira abrió una que contenía varios PDFs. Archivos clínicos. Tablas de datos. Registros de distribución con fechas, cantidades, códigos. Otro contenía correos en inglés: mensajes entre personal de la ONG y personas con direcciones corporativas de farmacéuticas. Uno mencionaba algo sobre “ajustes de adyuvante hormonal”. Otro tenía como asunto: “Muestreo poblacional en sectores de alta presión migratoria”.

—¿Qué demonios quieren decir con eso?
—murmuró Farid.

Samira iba pasando las páginas en silencio, subrayando con los ojos. Cifras. Nombres. Abrió una hoja de cálculo que mostraba columnas cifradas y una pestaña con el título Beta Protocol_HCG-Vx.

—¿Eso es... gonadotropina? —preguntó Samira, apuntando a una celda.

—No sé de lo que estás hablando. —Contestó Farid.

—HCG son las siglas de la hormona gonadotropina coriónica humana, que se produce durante el embarazo. Lo sé porque hice un reportaje hace un par de años sobre la importancia de esa hormona en el embarazo y cómo había deficiencia de ella en algunos sectores de población femenina mal cuidados.

—Vale, lo que no entiendo es la relación que puede tener esa hormona con la ONG y Alepo.

Los ojos de Samira, de repente, se abrieron más de lo habitual y entreabrió la boca. Volvió a mirar la pantalla. Las columnas, los códigos, la palabra *HCG*. Todo encajó de golpe, como una pieza mal colocada que por fin encuentra su sitio.—No estoy segura... —dijo—. Pero creo que esto no es un error. Y ojalá lo fuera. Porque la alternativa es demasiado terrible para que sea cierta. De verdad que espero equivocarme.

—Y esta pestaña de aquí —Farid abrió la pestaña de metadatos—, mira esto.

Samira se inclinó. La línea decía:

Última apertura del archivo: hace 2 horas y 17 minutos.

Farid levantó la vista.

—¿Estás segura de que tú no lo abriste?

—No.

Ambos se quedaron en silencio.

En el pasillo se oyó crujir una tabla de madera.



SOMBRAS en LA HUIDA

El crujido volvió a sonar, seco, breve. Samira contuvo la respiración y giró la cabeza hacia la puerta. Notó cómo le pulsaba el corazón en los oídos. Farid se había quedado inmóvil, con el cursor sobre un archivo sin llegar a clicar. La lámpara de gas proyectaba sombras largas que temblaban con el movimiento del ventilador.

Durante unos segundos, ninguno de los dos habló. Farid se levantó sin hacer ruido, caminó hasta el pasillo y abrió la puerta con cuidado. La

casa seguía en silencio. Afuera, un gato cruzó el callejón tras un cubo volcado. Nada más.

—Falsa alarma —susurró al regresar—. Pero no bajemos la guardia.

Samira, aun sentada frente al portátil, no quitaba los ojos de la pantalla. Farid volvió a su lado. El archivo abierto mostraba una cadena de correos entre el personal de la ONG y una dirección con dominio .int. Los mensajes no hablaban de logística. Hablaban de «fase de saturación, objetivos etnográficos en proceso de consecución». Y algo que se repetía en varias ocasiones que ya habían leído: «protocolo HCG-VX».

De vez en cuando, Samira y Farid se sostenían la mirada. Ambos temían que lo que habían encontrado era algo mucho más grave de lo que se podían haber imaginado.

Farid fue desplegando los hilos. Algunos estaban cifrados, pero otros no. Había documentos técnicos, informes en inglés y francés, tablas con siglas de organizaciones internacionales. En uno de los PDFs se mencionaba expresamente el entrelazado de la gonadotropina coriónica humana con las distintas variantes inmunológicas de las vacunas, dirigidas a mujeres entre 8 y 21 años.

—Esto no es investigación —dijo él—. Esto está operativo. Hay lotes distribuidos, campañas en curso... Mira esto: «Distribución piloto en región ALM-23 completada. Resultados dentro del margen previsto. Rango de eficacia reproductiva inhibida: 84 %».

Samira apretó los dientes. La boca seca. Sintió el reflujo del estómago. Farid se dio cuenta de que ella tenía claro lo que estaba pasando y le pidió:

—Explícamelo.

—La HCG o gonadotropina coriónica humana es una hormona totalmente necesaria para que se produzca el embarazo. Y si se administra junto con la vacuna del virus del papiloma humano, el cuerpo va a reaccionar formando anticuerpos no solamente contra el virus del papiloma humano, sino también contra la hormona HCG.

—Claro —dijo Farid tragando saliva—, y entonces el cuerpo dejará de reconocer a la hormona como beneficiosa y creará anticuerpos contra ella. Y eso...

—Y eso impedirá los embarazos. Lo que están haciendo, es esterilizar mujeres, mejor dicho, niñas y mujeres, de forma oculta con las campañas de vacunación masiva. Y no en un labo-

ratorio oscuro, sino con la ayuda de gobiernos, fundaciones y supuestas ONG.

Farid asintió despacio, con la cabeza. Estaba cansado. Cerró los documentos y accedió a una carpeta de imágenes. Allí, una foto les heló el cuerpo. Era el interior de la clínica que habían visitado por la mañana. En primer plano se veía a Samira, agachada junto a la niña de la rosa naranja.

—Me estaban vigilando.

—Y ya saben quién eres —murmuró Farid.

Un pitido bajo interrumpió el silencio. El móvil de Farid vibró. Un mensaje en árabe, sin remitente. Lo leyó en voz alta:

—«Urgente. Periodista extranjera con chaleco de prensa buscada en zona oeste. Descripción coincide. Se emitió alerta desde el puesto médico. Recompensa ofrecida».

Samira lo miró sin parpadear.

—Saben quién soy.

—Ya no puedes salir a la calle y tampoco quedarte aquí. Ya no estamos hablando de vigilancia. Esto se va a convertir en una cacería.

Farid se levantó, se pasó las manos por la cara. Su expresión cambió. De la inquietud pasó al cálculo.

—Vamos a necesitar algo más que un escondite. Vamos a necesitar un cadáver.

—¿Perdón?

—Una explosión. Una puesta en escena. Alguien tiene que morir en tu lugar. O al menos, parecerlo.

Samira se quedó inmóvil. Durante unos segundos, no parpadeó, no dijo nada.

—¿Y Héctor?

—Héctor sufrirá, pero tú vivirás. Y con esta información podrás decidir cuándo y cómo sacarla a la luz. Pero si te encuentran, no habrá nada. Ni tú ni los datos.

Ella bajó la cabeza. Se mordía el interior de la mejilla. Luego asintió, con la mirada fija en un punto invisible.

—Lo haremos. Pero yo le escribiré. Él debe saber que no estoy muerta.

—Con un canal seguro. Después de que lo anuncien. Nunca antes.



El humo aún flotaba en el aire cuando el equipo de rescate al que una llamada anónima

había avisado llegó a las ruinas. El edificio había cedido por una explosión repentina, “probablemente por fuga de gas”, dijeron las primeras versiones. Entre los escombros se encontró un chaleco de prensa destrozado, documentación a nombre de Samira El Hariri y un cuerpo de mujer calcinado, irreconocible.

Las autoridades locales hicieron lo que se esperaba: enviaron el informe, notificaron a la embajada, redactaron la versión oficial. Samira El Hariri, periodista española, había muerto en Alepo, en un incendio causado por un bombardeo.

Farid observaba todo desde lejos, en lo alto de una terraza medio derruida. El plan había salido bien. Demasiado bien, pensó. El edificio era una de las casas abandonadas que servía de refugio a desplazados. No hubo víctimas, más que la que él había colocado. Pero la escena fue suficiente. Nadie hizo demasiadas preguntas.

No tardarían más de unas cuantas horas en comunicar a Héctor la muerte de Samira.

Después ella podría enviarle el mensaje dándole a entender que estaba viva.



España. Hospital Clínico de Málaga.

La luz blanca del pasillo vibraba levemente sobre las baldosas. Héctor ajustaba la almohada de su padre con cuidado. El anciano dormía con la boca entreabierta, las manos frías, cada respiración más breve que la anterior. A su lado, su teléfono vibró sobre la mesa. Número internacional.

—¿Sí?

Una voz neutra, con acento británico, comenzó a hablar.

—¿Don Héctor Moreno? Le llamo en nombre de la Oficina de Coordinación Internacional en Siria. Lamento comunicarle que su esposa, Samira El Hariri, ha fallecido hace unas horas en un bombardeo en Alepo. Fue identificada por documentación personal hallada en la zona. El cuerpo no pudo ser recuperado en condiciones reconocibles, pero la embajada le enviará sus pertenencias y una urna simbólica en los próximos días.

El resto fue un zumbido. Héctor sintió como si se saliera de su cuerpo. No lloró. Solo apretó la mandíbula.

—Gracias—. alcanzó a decir, y colgó.

Se apoyó contra la pared. El monitor cardíaco de su padre emitía un pitido regular. Héctor cerró los ojos y sintió una opresión en el pecho que nunca había sentido. Las sienes empezaron a latir. Por un instante, todo lo que le rodeaba pareció opacarse, como si una sábana blanca cubriera la luz, los sonidos, todo.

Recordó la voz de Samira, su forma de decir «ya vengo» en vez de «ya voy», cuando tardaba. Después, silencio.

La grieta sin fondo, que es el dolor, estaba empezando a abrirse. Iría creciendo hasta convertirse en un abismo. Pensó por un momento en el rosal naranja junto al porche, con su primera floración, tan débil. Pero en Héctor, algo se acababa de marchitar para siempre.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Probablemente, minutos. Pero puede que horas. Completamente ajeno al resto del mundo.

Unos minutos después, el portátil emitió un leve sonido.

Correo nuevo.

Remitente desconocido. Asunto: “La rosa naranja sigue viva.”



señales de vida

Farid se levantó. Caminó los pocos pasos que el escaso espacio de aquel zulo le permitía con las manos en la nuca. Luego se acercó a la puerta, entreabrió un momento, escuchó. Nada.

—Samira, tenemos que dar a conocer al mundo todo esto. No podemos quedarnos aquí. Si no sacamos la información, de nada sirve lo que has descubierto. Será muy complicado, pero hay que desenmascarar a los gobiernos, las farmacéuticas y a la ONG.

—Lo sé. —Samira se masajeó las sienes—. Pero no podemos subir los archivos así como están. Tenemos que organizar la información. Y además, aquí, todo está vigilado. Y si lo hacemos mal, nos rastrean en segundos—. Samira buscó en su bolso un analgésico. Le estaba empezando a doler la cabeza—. Hay que cifrarlos, utilizar redes privadas virtuales que encriptan la conexión a Internet y subirlos a distintas nubes en servidores por todo el mundo. Puede que encuentren alguno, pero es imposible que puedan encontrarlos todos.

—Conozco a alguien. Es un francés, Phillip Arnaud, que vive en Gaziantep, al sur de Turquía. Sabe cómo hacer esas cosas. Trabajó con periodistas internacionales dedicados a la difusión de noticias muy delicadas. Si conseguimos cruzar a Turquía, él puede enviarlo todo desde una red segura. Solo está a un par de horas de aquí.

Samira dudó un segundo.

—¿Y si no me dejan cruzar la frontera?

Farid la miró con firmeza.

—Entonces lo haré yo.



Mijas, España

Héctor llevaba más de una hora sentado frente al portátil, con la mirada perdida en la pantalla aún encendida. El mensaje de Samira, aunque breve y cifrado, era indiscutible: estaba viva.

Todavía recuperándose del shock que había supuesto la primera noticia de la muerte de Samira, se concentró en la urgencia de las palabras que seguían a la primera frase.

«La rosa naranja florece incluso entre las cenizas».

Y debajo, un nombre, «Phillip Arnaud», que no tenía ni idea de quién era.

Después, solo una línea más: «Gaziantep. Lo antes posible».

No lo dudó. Cerró el portátil, se levantó de golpe y fue directo al armario. Su mochila de montaña seguía allí, intacta desde el último viaje a Marruecos.

Empezó a meter ropa, la documentación, algo de dinero en metálico, su viejo cuaderno con notas de campo. Tuvo que serenarse porque no era capaz de cerrar las presillas. Salíó al patio y cortó la primera rosa naranja del

jardín, y la metió en una bolsita de plástico de burbujas con papel mojado.

Antes de salir, escribió una nota para su cuñada, para que fuera a sustituirle al hospital durante unos días, mientras intentaba encontrar a Samira. No dio más explicación. Solo dijo que necesitaba reunirse con Samira de forma urgente en Siria.

Al día siguiente, tuvo la suerte de que uno de sus mejores amigos trabajaba en las líneas aéreas turcas y le consiguió billete, en el último momento, para el vuelo directo Málaga-Estambul que salía aquella misma mañana. Unas cinco horas después, cuando llegó a la capital turca, a través de un viejo colega periodista, enseguida encontró la forma para trasladarse en autobús hacia el sur, rumbo a Gaziantep. Cada kilómetro le pesaba en el pecho. Lo único que quería era que pasaran los kilómetros para poder acercarse cada vez más a Samira.



Carretera al norte de Alepo

Farid conducía un viejo sedán prestado por un mecánico kurdo que le debía un favor. El coche vibraba cada vez que superaban los 70 por hora, pero el motor aguantaba. Samira, en el asiento de copiloto, llevaba una bufanda tejida cubriéndole el cabello y unas gafas de sol demasiado grandes. Parecía cualquier mujer desplazada. La alfombrilla del suelo de su lado se movía mucho y la levantó ligeramente. Para su sorpresa, un agujero enorme permitía ver la carretera según avanzaban.

Debajo del asiento: el portátil, el disco duro original, algo de comida y una pistola envuelta en una camiseta.

El viaje era lento. Había varios controles antes de llegar a la frontera con Turquía, y ninguno era predecible. Farid había trazado la ruta con cuidado, evitando puntos calientes, pero todo podía cambiar en un minuto.

—¿Seguro que el contacto en Gaziantep puede hacerlo? —preguntó Samira, sin dejar de mirar la carretera.

—Es la persona más fiable que conozco para este trabajo. Se llama Phillip Arnaud y trabajó con The Guardian, Al Jazeera e incluso con canales suecos. Es un experto en todo tipo de protocolos de seguridad. Nos ayudará a asegu-

rar la información para poder utilizarla cuando sea necesario.

—¿Crees que estará dispuesto a ayudarnos con algo tan... delicado y comprometido?

—Ya le he contado algo. Lo demás lo verá con sus propios ojos. Y entonces ni podrá ni querrá mirar hacia otro lado.

Atravesaron pueblos fantasmas y zonas aún con humo en el aire. En un momento, Samira sacó el móvil, activó una conexión cifrada y envió una sola señal a Héctor. «En camino»

Sabía que él vendría. Héctor, de una manera u otra, estaría allí.

Esa noche durmieron en el suelo de una casa abandonada, a apenas veinte kilómetros de la frontera. El sonido de helicópteros sobrevolando los montes cercanos los mantuvo en vela más de una hora.

Al amanecer, salieron antes del alba. En la guantera, Farid guardaba un pase falso de prensa para Samira y una tarjeta de la Media Luna Roja. Ya la había advertido de que era mejor que no intentara hablar en árabe sirio, porque se notaba mucho su acento marroquí. Una cortina de polvo cubría el parabrisas cuando tomaron la última curva del camino de tierra.

Frente a ellos, se alzaba el puesto fronterizo más inestable de toda la región. Solo les quedaba una cosa: cruzar.



FUTURO

Gracias a la experiencia de Farid, un cartón de tabaco sirio de contrabando y doscientos dólares en billetes bien doblados pudieron atravesar la frontera entre Siria y Turquía. No hubo preguntas incómodas, solo miradas desinteresadas, revisiones rápidas del maletero y un gesto con la cabeza que selló el paso. El sedán vibró al retomar la carretera ya turca, como si respirara aliviado por estar en el país vecino.

Durante veinte minutos circularon por caminos rurales, entre campos secos y postes torcidos, hasta que Farid rompió el silencio.

—La casa de Phillip no tiene nada que ver con lo que hemos vivido en Alepo —dijo, sin apartar la vista del camino—. Es una finca enorme, en mitad del campo, casi de lujo. Phillip colabora con el gobierno turco desde hace años. Tiene una reputación excelente entre los de inteligencia. No se mete en líos, pero cuando lo hace... suele tener razón.

—¿Y por qué aceptaría ayudarnos con esto?

—Porque me debe la vida. Y porque es más curioso que precavido. Además, no tolera que lo engañen. Si algo lo saca de quicio, es que le mientas. Prefiere mil veces una verdad incómoda que sentirse tomado por tonto. Eso lo considera una ofensa personal.

—¿Cómo lo conociste?

—Cuando Gaddafi invadió Kuwait. Estábamos en el mismo batallón. Una metralla le destrozó la columna y desde entonces no camina, pero en lo digital... anda por medio mundo.



La casa apareció al fondo, blanca entre la maleza seca, rodeada de un muro bajo cubierto por una concertina carcelaria, con cámaras y sensores por todas partes. Una verja automática se abrió apenas llegaron, como si ya los estuvieran esperando.

Phillip Arnaud los recibió desde la rampa de piedra que conducía al porche, sentado en una silla de ruedas con estructura metálica. Era un hombre de unos sesenta, barba perfectamente recortada, mirada afilada bajo unas gafas delgadas con montura metálica. Llevaba una camisa de lino oscura, impoluta, y unos pantalones beige impecables. Tenía algo de profesor de física cuántica y algo de viejo espía inglés.

—Así que tú eres Samira —dijo sin preámbulos, con un acento francés apenas perceptible—. Entrad, por favor.

Les hizo pasar a un salón amplio, sin lujos pero decorado con gusto: estanterías bajas con libros por todas partes, cuadros abstractos, una chimenea moderna apagada. En una esquina, varias pantallas curvas formaban una estación de análisis que parecía más apropiada para la NASA que para una casa de campo turca.

—Enseñadme lo que tenéis —dijo, sin más.

Farid sacó el disco duro. Phillip lo conectó a su sistema, tecleó algunas líneas y empezó a revisar sin cambiar la expresión. Apenas movía los labios mientras murmuraba fragmentos de frases en inglés: “Beta protocol”, “inhibidores selectivos”, “correlación geográfica”. Luego se giró hacia ellos.

—Podéis subir. Hay dos habitaciones limpias en la planta de arriba. Oléis a guerra. Quitáros el polvo de la ropa y el cansancio de los ojos. Una ducha y ropa fresca os vendrá bien. Os espero en media hora. Cerrad la puerta al salir, por favor.

Media hora después, con el cabello aún húmedo y camisetas limpias, Samira y Farid regresaron al salón. Phillip no había cambiado de postura, pero el tono de la sala era otro: las pantallas mostraban esquemas, mapas, rutas de distribución de vacunas y una cadena de correos con sellos de organismos internacionales.

—Aquí hay dos caminos —dijo sin girarse—. Uno: lo olvidáis todo y volvéis a vuestras vidas, como si nunca hubierais sabido nada de la conspiración. Quizás sería la decisión más sensata y que menos problemas nos supondría a todos. Dos: os decidís a cruzar un umbral del que no

hay vuelta atrás y vuestras vidas cambiarán para siempre. Incluso las pondréis en grave peligro.

La ventaja que tú tienes, Samira, es que a ti ya te consideran muerta oficialmente, a pesar de que puede que estén todavía dudando. Pero podemos reforzar la idea de tu muerte, y para eso, tendréis que desaparecer tú y tu marido de la faz de la tierra. El anonimato será obligatorio. Nuevas identidades. Nuevo país. Nuevo todo.

Hizo una pausa. Y entonces, como si leyera un guion invisible, continuó:

—Y hablando de vidas... creo que tu marido acaba de llegar. Está en la puerta.

Samira se quedó congelada. Farid fue a abrir. El aire entró con olor a campo y asfalto caliente. Allí estaba Héctor, algo más delgado, con los ojos enrojecidos y una pequeña bolsa de lona al hombro. Traía en la mano, protegida por papel húmedo, una rosa naranja todavía viva.

Samira se acercó despacio. Héctor la miró como si dudara de la realidad. Luego ella habló, apenas un susurro:

—Estoy viva.

Él no dijo nada. Solo la abrazó con tanta fuerza que a Samira le pareció sentir crujir a sus costillas. Pero no le importó. En ese momento, todo lo demás desapareció.

Cuando volvieron a la mesa, Phillip ni se inmutó.

—Cinco minutos —dijo, secamente—. Luego quiero una decisión.

Salió de la sala.

Farid, con la mirada ya cansada, se levantó.

—Yo tengo que volver. Vivo en Alepo. No puedo figurar en nada de esto.

Y sin decir más, salió con paso firme, sin mirar atrás.

Samira miró a Héctor. Él la sostuvo con ternura.

—¿Tú podrías vivir el resto de tu vida sabiendo que hemos ocultado una conspiración que está esterilizando a niñas y mujeres por todo el norte de África y quién sabe en cuántos sitios más?

Héctor sonrió, sin rastro de humor.

—Eso es chantaje emocional, Samira. Sabes perfectamente que soy incapaz de soportar una injusticia así.

Ella asintió. No hicieron falta más palabras.

La decisión estaba tomada.



La mecha

Phillip regresó a la sala con una bandejita en su silla de ruedas y una taza que olía a té fuerte. En la bandejita había una galleta solitaria. Cuando se acomodó frente a las pantallas, giró ligeramente su silla para mirarles directamente.

Samira y Héctor asintieron a la vez con la cabeza.

La voz de Phillip, con la serenidad y el aire didáctico de un profesor de facultad, empezó a hablar:

—Hay muchas formas de intentar comunicar al mundo algo como lo que habéis descubierto, pero no todas son eficaces y, en todo caso, hay que cerciorarse de que, al hacerlo, no puedan silenciaros, ni neutralizar lo que se pretende comunicar.

Samira volvió a asentir, despacio.

—Por supuesto, tenemos que olvidarnos de publicaciones al uso, en periódicos o de enviar la documentación por correo sin más a alguien —prosiguió Phillip, comprobando que el té estaba demasiado caliente todavía, para dar un sorbo—. Hacer públicos datos sin protección convierte al informador en un blanco. Bien utilizados, se convierten en un arma. Y a quien los maneje, también—. Se giró hacia una de las pantallas y pulsó una tecla. Apareció un gráfico en espiral, lleno de nodos y flechas.

—Primero podemos usar la Dark Web. Ese submundo cifrado donde nadie es quien dice ser. Ahí no se navega, se merodea. Es el canal por el que los *whistleblowers* —sí, esos denunciantes que los gobiernos tanto temen— filtran secretos de Estado, archivos clasificados, conspiraciones reales. Si se hace bien, nadie encuentra al emisor. Y me encargaré de que no lo puedan encontrar, porque voy a ser yo.

Se permitió la más leve de las sonrisas.

—Segundo paso: blindar la información. No basta con lo que tenéis. Hay que auditar todo lo que se pueda, contrastarla, ratificarla con canales de información alternativa. Yo me encargaré de eso. Tengo contactos en agencias médicas y forenses, incluso un par de funcionarios en Bruselas. Si lo que habéis encontrado es solo la punta del iceberg, yo me encargaré de sacar a flote el resto.

Samira estaba en tensión. No podía evitar apretar los dientes. Héctor, al verla, la agarró de la mano.

—Después viene la disuasión —continuó Phillip—. Voy a crear un sistema de retardo con varias copias del material en servidores distribuidos por países con jurisdicciones opacas: Islandia, Malasia, Uruguay, incluso alguna isla del Pacífico. Cada uno de esos servidores tendrá una bomba lógica.

—¿Bomba lógica? —preguntó Héctor.

—Una cuenta atrás. Si no introduzco una clave personal en determinado plazo totalmente aleatorio —y solo yo sabré cuál—, el contenido completo se libera. Automáticamente. A los medios de comunicación más sólidos: Le Monde, El País, The New York Times,

Al Jazeera y varias redacciones científicas. Todo documentado, todo auténtico. No habrá forma de enterrarlo bajo el lodo de las *fake news*.

Se giró entonces, con el rostro levemente iluminado por el resplandor azul de las pantallas.

—Con eso conseguimos tres cosas: la desacreditación inmediata de la ONG, la exposición global de las farmacéuticas implicadas, que se verán muy restringidas a partir de ese momento. Tendrán que paralizar todos sus sistemas de producción al quedar bajo sospecha. Sufrirán caídas enormes en bolsa. Y está claro que se producirá una desestabilización de la imagen política de los gobiernos cómplices. Y algo más: que nadie podrá volver a vacunar a una niña sin una auditoría internacional exhaustiva.

Samira no parpadeaba. Su rostro era ahora una máscara de concentración. Héctor, con los puños apretados, no decía nada, pero en su mirada también había determinación.

—Os habéis metido en una guerra silenciosa y tenéis el arma definitiva —concluyó Phillip—. Pero como en toda guerra de verdad, solo se gana si sabes cuándo disparar... y cuándo esconderse.

Se reclinó entonces, por primera vez, como si toda esa explicación le hubiera agotado. Pero

en el fondo de sus ojos brillaba algo más que cansancio: era la calma del estratega que ya ha previsto la jugada final.

—Ahora decidme. ¿Queréis encender la mecha... o seguir con una vida placentera y tranquila mientras arde el mundo?

El silencio en la sala se volvió pesado. Afuera, las cigarras seguían cantando, ignorantes de que aquella casa, en medio del campo turco, estaba a punto de convertirse en el epicentro de un terremoto global.

—Señor, tiene una llamada.

El hombre sin expresión que les había abierto cuando llegaron estaba en la puerta de la sala. Phillip movió la palanquita de su silla de ruedas y se dirigió hacia él mientras decía:

—Roberto, por favor, sirva a nuestros amigos té o café mientras vuelvo.

Cuando entró en su despacho, se colocó el auricular mientras observaba por la ventana cómo el sol iba desapareciendo.

—Hola, Philip.

—Hola, Arzip. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me ha llamado el embajador americano en Estambul.

—¿Y?

—Tienen un problema, por lo visto, con una periodista en Alepo, que ha robado información delicada de interés nacional para los Estados Unidos.

—¿Y me llamas por?

—Porque eres la persona a la que cualquiera en esa circunstancia se dirigiría si quisiera encontrar soluciones.

—Bien —dijo Philip estirando las palabras—. Si me entero de algo, te lo diré.

—El gobierno turco te lo agradecerá.



Phillip observaba las imágenes en la pantalla panorámica de su despacho tras la conversación con Arzip. Los gráficos, los correos, los listados clínicos... Todo giraba lentamente en su mente como las piezas de un *puzzle* que no acababa de resolver.

Se quedó solo en su despacho durante unos minutos. El sol poniente comenzaba a filtrarse por los cristales dobles, proyectando reflejos dorados sobre el parqué encerado. Solo el

zumbido del ventilador del PC rompía el silencio.

Apoyó los dedos en los labios. Respiró hondo.

Podía borrarlo todo, negar que los hubiera recibido siquiera. Bastaba con enviar un par de mensajes, fingir ignorancia, acogerse a su reputación. El gobierno turco cerraría los ojos, seguiría dejándolo en paz. Conservaría su casa, su jardín de limoneros, sus libros apilados con orden casi quirúrgico.

Pero algo le dolía.

No era culpa, no exactamente. Era una especie de desasosiego estructural, como si una tuerca mal encajada empezara a girar en su conciencia. ¿Cuántas veces había dicho que él solo ayudaba a exponer verdades, no a juzgarlas? ¿Cuántas veces había repetido que la justicia no era su guerra? Y sin embargo...

“Niñas esterilizadas”, poblaciones condenadas a la desaparición, susurró en voz baja, como si al pronunciarlo su silencio perdiera legitimidad.

Se acordó de un detalle un tanto inocente: su madre, cuando él era niño, siempre le repetía que la inteligencia no servía de nada si no se aplicaba con valentía. ¿De qué servía entender

el código del mundo si uno no se atrevía a modificar sus maldades?

Movió la silla hacia atrás y rodó suavemente hacia la mesa lateral, donde guardaba un whisky japonés que solo sacaba en días muy concretos. Se sirvió un dedo. No brindó. Solo bebió.

Volvió al escritorio, y esta vez, sin titubeos, comenzó a planificar mentalmente los siguientes pasos.

Sabía que llamarían. Sabía que preguntarían. Pero para cuando lo hicieran, la máquina ya estaría en marcha. Y él, en silencio, ya habría elegido bando.



La brisa del amanecer rozaba los olivos viejos del camino que llevaba hasta la entrada trasera de la finca. A lo lejos, se oía el motor diésel del camión de suministros, al que Phillip había pedido que viniera hoy en vez de en un par de días, subiendo con lentitud la cuesta. Phillip observaba desde la terraza superior.

Samira y Héctor esperaban junto al garaje, cada uno con una mochila discreta. No llevaban nada que no pudieran perder. Ni papeles reales, ni teléfonos, ni recuerdos físicos. Todo lo importante iba en la memoria y en la flor naranja, ahora algo marchita, que Héctor aún conservaba en una bolsita.

—Es un kurdo de Van. Se llama Demir. No habla más inglés que lo justo y nunca mira a los ojos. Hará preguntas de cortesía, nada más —dijo Phillip, mientras descendía con suavidad por la rampa hidráulica de su silla—. Os dejaré cerca del puerto de İskenderun. Allí ya está organizado para que os espere un barco de pesca que no figura en ningún registro. Os llevará a Chipre. Y desde allí, otro barco os llevará hasta Túnez, y desde allí podréis pasar por Argelia a Marruecos, donde será sencillo ocultaros en Casablanca.

—¿Y tú? —preguntó Samira.

—Yo haré todo lo necesario para desenmascarar a los conspiradores. El mundo sabrá lo que tiene que saber. Pero nadie podrá relacionar la información ni con vosotros ni conmigo.

Se despidieron sin dramatismos. Héctor le estrechó la mano con firmeza. Samira, sin decir

palabra, lo abrazó un instante. Phillip no devolvió el gesto, pero alzó una ceja, como si así bastara.

El camión arrancó entre el polvo. A los pocos metros ya no se veía más que una nube blancuecina y el rumor del motor alejándose entre los pinos.



El trayecto hasta İskenderun fue largo, lento, con varias paradas innecesarias para despistar. Era un poco más de 200 km, pero el camión era torpe y la carretera mala. Demir apenas abrió la boca, salvo para ofrecerles un paquete de galletas secas y una botella de agua sin etiqueta. El puerto al que llegaron era una amalgama de barcos oxidados, hombres quemados por el sol y redes de pescar colgando como jirones de sombra.

El barco los esperaba. Un pesquero maltrecho, sin nombre, sin bandera. El patrón, un chipriota viejo con ojos salinos, les indicó con un gesto que subieran. No hubo preguntas. Zarpó antes de que terminara de caer la noche.

Atravesaron el mar en silencio. Durante las casi diez horas que duró el viaje comieron fruta seca y queso duro, y dormían por turnos en la bodega. Samira no se mareó. Héctor, sí. Vomitó una vez y después no comió más. Se quería morir. Cuando por fin vieron la costa de Chipre, fue como si el mundo empezara de nuevo.

Desde allí, con papeles falsos gestionados por un contacto de Farid, cruzaron hasta Marruecos en un vuelo de carga anónimo, vía Túnez. Nadie los detuvo. Nadie los buscaba ya, al menos no con nombre propio. Eran dos sombras más entre la multitud.



La Tormenta SILENCIOSA

Marruecos. Una semana después.

En la zona cercana al puerto de Tánger, los faldones de los toldos de los cafetines se mueven por la brisa del mar. El murmullo de las conversaciones se mezcla con el sonido de las cucharillas girando en vasos de cristal. Una pareja desayuna en una mesa de esquina. Ella, con el cabello rizado en tono caoba, gafas discretas de color beige y piel bastante bronceada. Él, con barba corta, gafas de lectura

antiguas y un ligero acento tunecino que ha ido ensayando frente al espejo, parece un intelectual. Se llaman Lina y Karim. O al menos eso dicen sus documentos.

Nadie tiene por qué sospechar que Lina fue Samira El Hariri, periodista. Ni que Karim fue alguna vez Héctor Moreno, fotógrafo corresponsal de guerra y cuidador de un padre al que tuvo que abandonar para ir en busca de su esposa, en peligro. Tuvieron que huir de Alepo por haber descubierto una conspiración que no se detuvo ante la violación de la integridad física de cientos de miles de niñas, ni ante el ataque directo a la dignidad de un continente entero.

En una televisión demasiado grande para el tamaño del local, colgada en una esquina de la terraza, la BBC británica está emitiendo un boletín urgente. Lina detiene su taza en el aire. La imagen muestra el rostro de una portavoz de la Organización Mundial de la Salud en plena rueda de prensa.

—...hemos abierto una investigación internacional tras la filtración de documentos que vinculan a una reconocida ONG, dos farmacéuticas y varios gobiernos occidentales con campañas de vacunación que podrían haber in-

ducido esterilidad en cientos de miles de niñas, en distintos países del norte de África. De confirmarse los datos, podríamos estar ante lo que el Estatuto de la Corte Penal Internacional, en su artículo 7.1.g, tipifica como crimen de lesa humanidad.

No dicen nombres. Todavía no. Pero es solo cuestión de tiempo. El señor del café niega con la cabeza.

—Ya no nos podemos fiar ni de los médicos ni de las ONG.

Lina no responde. Solo aprieta suavemente la mano de Karim, que ahora saca de su mochila un pequeño cuaderno. Entre sus páginas, metida como una reliquia, una rosa naranja, seca pero manteniendo el color.

Bruselas. Parlamento Europeo.

Un diputado esloveno muestra, en la pantalla central del hemiciclo, un esquema de flujo de financiación de una fundación norteamericana a una ONG angloamericana muy conocida, para llevar a cabo programas de vacunación en Siria, Chad y Libia. La sala murmura, indignada, ante la barbaridad en la que se puede convertir lo sugerido. En los pasillos, la prensa ya se agolpa.

En Nairobi, se organiza la primera mesa de víctimas de las campañas de inoculación no autorizada. Y en Madrid, una periodista con el pelo recogido y mirada firme recibe por mensajería una copia impresa de los archivos originales. Sin remitente.

Las piezas empiezan a caer. No como una bomba, sino como una marea que no se detiene. Lenta, imparable.

Gaziantep. Turquía. Finca de Phillip Arnaud.

El despacho huele a madera encerada y a té con menta. Phillip contempla las pantallas con satisfacción. Las alertas de los medios estallan como bengalas. Se ha activado uno de los protocolos espejo. Nadie podrá rastrear la fuente original. Ni él mismo podrá cancelarlo ya.

En la pantalla del móvil aparece alguien conocido, que ni siquiera saluda.

—Tenemos claro que no lo vamos a poder demostrar, pero estamos seguros de que has sido tú y nos has causado un problema con los yankis. Y los dos, lo sabemos.

Phillip ni siquiera parpadea. Da un sorbo a su taza antes de contestar:

—A veces es preferible tener problemas que encubrirlos.

El interlocutor se limita a decir a forma de despedida.

—Ya hablaremos.

Phillip, solo en la sala, se permite cerrar los ojos. No derrotado ni cansado. En paz. Ha elegido el lado correcto del filo. Aunque corte.

Tánger. Café Le Mirage.

Lina y Karim se levantan. Pagan. Salen al sol suave del final de la mañana. Una niña corre junto a ellos, descalza, con una pequeña flor naranja en el pelo. La flor vibra al ritmo de su risa.

Lina se gira a mirarla. Por un instante, sus ojos se humedecen. Pero no por tristeza. Sabe que la verdad no lo va a cambiar todo. Pero quizás haya cambiado lo suficiente como para que, en algún rincón del mundo, una niña vuelva a tener futuro.

Fin